



Miguel Serrano Larraz

AUTOPSIA

AUTOPSIA

MIGUEL SERRANO LARRAZ

Candaya Narrativa, 26

AUTOPSIA

© Miguel Serrano Larraz

Primera edición impresa: diciembre de 2013

Segunda edición impresa: abril de 2014;

© Editorial Candaya S.L.

Camí de l'Arboçar, 4 - Les Gunyoles

08793 Avinyonet del Penedès (Barcelona)

www.candaya.com

facebook.com/edcandaya

Diseño de la colección:

Francesc Fernández

Imagen de la cubierta:

A.R.P. children's gas mask [demonstration] City of Vancouver Archives

BIC: FA

ISBN: 978-84-15934-32-5

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin la previa autorización del editor.

MIGUEL SERRANO LARRAZ

Miguel Serrano Larraz (Zaragoza, 1977) estudió Ciencias Físicas y Filología Hispánica.

Ha ejercido oficios diversos: cajero, ilusionista profesional, vendedor de libros, auxiliar administrativo y negro literario. En la actualidad se dedica a la traducción (suyas son, entre otras, las versiones españolas de una biografía de Nick Drake y de un libro que repasa la trayectoria del grupo *Belle and Sebastian*, ambas publicadas por Metropolitan) y, por supuesto, a la escritura.

Se dio a conocer con el libro de relatos *Órbita* (Candaya, 2009), que lo colocó en la primera línea de los escritores de su generación. Es también autor de una novela, *Un breve adelanto de las memorias de Manuel Troyano* (Eclipsados, 2008). Bajo el pseudónimo Ste Arsson escribió la novela paródica *Los hombres que no ataban a las mujeres* (1001 ediciones, Zaragoza 2010).

Sus cuentos han sido incluidos en algunas de las antologías de narrativa breve más importantes de la última década: *El viento dormido; nuevos prosistas de Aragón* (Eclipsados, 2006, edición de Raúl Garica y Nacho Tajahuerce); *Al final de pasillo* (Comuniter, 2009, edición de Octavio Gómez Millán); *Pequeñas resistencias 5* (Páginas de Espuma, 2010); *Doppëlganger. Ocho relatos sobre el doble* (Jekyll and Jill, 2011) y *Siglo XXI. Los nuevos nombres del cuento español actual* (Menoscuarto, 2012, edición de Gemma Pellicer y Fernando Valls).

Ha publicado tres libros de poesía, *Me aburro* (Harakiri, 2006), *La sección rítmica* (Aqua, 2007) (libro al que "La Montaña Rusa Radio Jazz", le dedicó semanalmente una sección en la que se recitan algunos de los poemas del libro, acompañados de la música del intérprete) y *Insultus morbi primus* (Lola Ediciones, 2011).

Para Amalia Villacampa Íñiguez y Bruno Serrano Villacampa

“Aunque parezca extraño siempre habían evitado llamarse por sus nombres, por temor a una excesiva cordialidad.”

Thomas Mann, *La montaña mágica*

PRIMERA PARTE

NOMBRAR

“Y esas montañas, por ejemplo, tienen nombres... Nunca nos serán familiares; las bautizaremos de nuevo, pero sus verdaderos nombres son los antiguos. La gente que vio cambiar estas montañas las conocía por sus antiguos nombres. Los nombres con que bautizaremos las montañas y los canales resbalarán sobre ellos como agua sobre el lomo de un pato. Por mucho que nos acerquemos a Marte, jamás lo alcanzaremos. Y nos pondremos furiosos, ¿y sabe usted qué haremos entonces? Lo destrozaremos, le arrancaremos la piel y lo transformaremos a nuestra imagen y semejanza.”

Ray Bradbury, *Crónicas marcianas*

1

A finales de los años noventa, en mil novecientos noventa y siete o mil novecientos noventa y ocho, cuando yo tenía más o menos veinte años (una edad, en mi caso, dinámica e inmóvil, clausurada o cerrada en pleno tránsito, de una ingenuidad a prueba de bombas: que cada uno examine su juventud y la juzgue), escribí un largo poema que después perdí en alguna mudanza y que ya no podría recuperar aunque quisiera. Pero no, no quiero, debe quedar claro desde el principio, porque tener esas palabras sobre mí sería una humillación más, ya me persigue ese texto y no quiero que además pese, no quiero que exista más allá de mi memoria (y de la memoria fugaz de un puñado de gente, que va borrándose), me repugna la posibilidad de sentirme orgulloso de él, de reivindicarlo, no quiero sobre mí la tentación de creer que tienen algún valor, algún interés. Después de todo, aquel poema hablaba o balbuceaba acerca de mí. Por eso empiezo a escribir sobre él, por paradójico que pueda parecer, encerrado, blindado en mí mismo, exorcismo etéreo de la letra o de la voluntad, de la pena más profunda y automática. ¿Que quién soy yo? ¿Es esa la pregunta que corresponde formular ahora, cuando apenas nos conocemos todavía? ¿Esa educación nos ofrecieron, después de todo? ¿Saber? No soy nadie todavía, nada, la voz que sigue este trazo. Solo soy lo que digo, unas manos, una conciencia en movimiento, tal vez un transmisor, un médium. Un vehículo vacío, la cáscara perfecta, la condena posible y postergada. Prefiero continuar. Dejemos lo otro para después. Los detalles se irán desplegando, parece inevitable. Mi nombre saltará en cualquier momento co-

mo un resorte programado, como el muelle indomable y sonriente que surge de una caja infantil, y ya no habrá forma de tacharlo, de contenerlo, mi nombre de pila y tal vez el primer apellido, se quedará allí, contribuirá con su peso, impregnará o envenenará el papel o la vida, mi vida, que ya se está llenando de sombras y giros repentinos para ver si alguien la sigue. Dejemos lo otro para el purgatorio o para el infierno de los cobardes. El poema que he perdido (que perdí), escrito originalmente a mano, con mi microscópica y exenta letra azul (hubo un tiempo en que escribíamos a mano, todos nosotros), en un cuaderno de cuadros como los que utilizaba en el colegio (tal vez, incluso, uno de esos mismos cuadernos, no tan lejanos entonces como ahora, las páginas finales sin utilizar, desperdicio y promesa del comienzo del verano, enigma infantil del espacio por llenar), pasó después a un documento Word, del que imprimí varias copias para algunos concursos de poesía (concursos provinciales con premios de entre cincuenta mil y doscientas mil pesetas: cifras que también se desvanecen), casi todos para jóvenes (menores de veinticinco años, menores de treinta años, menores de treinta y cinco años: el concepto de juventud se ha ampliado conmigo y me ha acariciado con sus límites y me ha mordido) o para estudiantes universitarios. Extraño y condescendiente reparto de conciencia y de talento, certificado de forma oficial, remunerado. Yo quería dinero, lo necesitaba, lo deseaba pasivamente con todas mis fuerzas, creía que el dinero era lo único que me interesaba (dinero para comprar libros, para comprar discos, para comprar drogas, para invitar a los amigos a beber, para viajar, para no sentirme tan solo, para *singularizarme* o exiliarme de mí, de las servidumbres familiares, de mi voz, de esta voz), creía que la posesión me salvaría, que lo físico, lo palpable, me haría desprenderme de lo fantasmal, mis piernas, mis manos (mi mano izquierda), pero en el fondo se trataba de un ejercicio de delicado masoquismo, de exposición insustancial, de exhibición sin objeto (aún no había visto arder un billete, aún no estaba preparado para la desaparición repentina, yo mismo creía ser una ausencia

momentánea, un vórtice, una representación que no puede eliminarse porque no existe, una huella fosilizada en el polvo). Una aguja en el brazo, una astilla. El dolor soportable, concreto, localizado. Lidiamos cada día con la humillación, pero lo más duro es pensar en la responsabilidad. Dicho de otro modo: no me importaba no ganar aquellos concursos (aunque creía, sin duda, que lo merecía, sin motivo aparente, pues carecía de criterio), no ser llamado, citado, reconocido o convocado, solo quería que alguien me leyera, no a mí (mi cuerpo, mis humildísimas entrañas expuestas como ahora sobre la mesa de un funcionario: qué dañina es la ingenuidad, qué peligrosos los sobreentendidos), sino aquello que me había sucedido, necesitaba que alguien creyera que lo que yo narraba había ocurrido de verdad, en cierto modo, en algún lugar, que creyera en ello durante unos minutos, el tiempo exacto de la lectura, y no más, ni un segundo más, la verdad tal y como yo la contaba (en versos, con la enérgica discontinuidad de lo soñado y lo poco probable). Los restos, las manchas orgánicas sobre el manuscrito que modifican la configuración molecular y se hacen irreversibles. La garganta ofrecida para el degüello y el castigo. Delicada servilleta del comensal pobre, del fiel, del súbdito, de la víctima, el babero manchado de vómito y papilla. Quería propagar o prolongar o perpetuar mi derrota y mi miedo. Y también quería, a pesar de todo, el dinero, la recompensa, el botín, llevar la cuenta. No sabía que no se podía vivir con eso, que en realidad no daba para nada, y menos para una huida. Era joven y era ingenuo. Nadie puede escapar de su tendencia a la inacción. Sin embargo, antes de que yo lo perdiera para siempre, el poema (cada vez que escribo esa palabra, "poema", se me pega al paladar, a los huesos, viscosa, como una tortilla poco hecha o el recuerdo de la primera comunión) ganó un segundo premio, o un accésit, en el concurso internacional de poesía Villa de Aranda, que sí estaba abierto a cualquier edad (de hecho, la mujer que ganó, Ángela Fernández, la que recibió el primer premio, tenía sin duda más de sesenta años, más adelante escribiré sobre ella, creo, o tal vez no). Alegría lumino-

sa de los ingresos. El premio implicaba la publicación en la revista *Telira*, de la asociación Telira, de Aranda de Duero, cónclave de lunáticos amables, cotidianos y laboriosos, una publicación en formato de libro, algo parecido a un libro, con su lomo alargado, de portada blanquísima matizada o manchada por unos trazos ingenuos, la primera vez que yo vería mi nombre impreso, pero cuando llegó el momento de enviar el poema para la revista (por correo postal, todos nosotros, al igual que en el caso del concurso), para su publicación inmediata, yo preferí enviar otra cosa (tuve miedo de que alguien me reconociera), algunos poemas breves entre los que había un candoroso plagio sintáctico de Federico García Lorca (de *Poeta en Nueva York*): por eso el texto no puede ya recuperarse, ya no puede hacerme daño, aunque es probable que haya alguna copia por ahí, en algún sitio, tal vez en Aranda de Duero o en Barbastro o en Lugo o en Mérida o incluso en Melilla, en los oscuros sótanos de alguna institución de una capital de provincias (no en mi casa, desde luego), como un borrón de culpa que se propaga por mi vida pero no asoma nunca, no sale a la luz, me asusta desde la sombra interior, su lugar difuso, intuyo su sonrisa de desprecio, sus muecas bruscas e inasibles, no hay manera de pasar el texto a limpio. La verdad es que no recuerdo gran cosa de aquel poema que escribí y que me acompañó durante un tiempo (no mucho, cuatro o cinco años) y que llevaba por título, tendré que decirlo en algún momento, *El día que me pegaron los skinheads*. Es curioso: estoy seguro de que el título era ése (horrible, tal vezagramatical), pero no sé si el primer verso era "El día que me pegaron los skinheads" o "El día en que me pegaron los skinheads". Recuerdo que estuve dudando durante un tiempo, antes de enviar el poema a alguno de aquellos concursos (después dejé de hacerlo, cuando gané el premio), pero no sabría decidir qué opción elegí, aunque sí sé que la elección me pareció entonces la más acertada, ya inamovible. Lo inamovible, a veces, se despedaza, varía, se ahueca, tiembla. Creer en lo inamovible es otro síntoma de una ingenuidad conmovedora. Creer que algo puede cam-

biar no es sino la confirmación de ese mismo candor. Aunque he perdido el poema (en una mudanza, en un arrebató, por cambio de costumbres), recuerdo perfectamente la primera estrofa, si es que puede hablarse de estrofas en este caso. Los cuatro primeros versos, o versículos. Los recuerdo como si mi vida estuviera en ellos, con una nitidez digna de mejores causas, es posible que sea lo que recuerdo mejor, de toda mi vida, lo único que recuerdo realmente, mi epitafio, palabras ordenadas o talladas o *interpretadas* por otros por una vez, salvo esa vacilación preposicional que tal vez no tenga ninguna importancia, aunque quién sabe si en esa preposición omitida o presente no podrá encontrarse una clave para descifrar todo lo que ha venido después o todo lo que llegará en cualquier momento. El Apocalipsis anunciado mediante la cábala preposicional, por qué no.

El poema comenzaba así: "El día (en) que me pegaron los *skinheads* / yo llegué antes que ellos a cada parte de mi miedo. / Llegué antes, en autobús: / yo ya había llegado".

O, en la disposición gráfica más convencional:

El día (en) que me pegaron los *skinheads*
yo llegué antes que ellos a cada parte de mi
miedo.

Llegué antes, en autobús:
yo ya había llegado.

Tenía entonces veinte años, tal vez alguno más, ya lo he dicho, al fin y al cabo veinte años. Pocas lecturas, caóticas, delirantes, previsibles, indiferentes (únicas, intercambiables). Un desprecio minucioso por todo lo mío y por todo lo que incluyera o rodeara o rozara a los demás, especialmente los vivos. Cierta confianza ciega en mi talento, imposible de verificar, familiar, rencorosa. Una obsesión perturbadora por la idea de criterio (obsesión de la que me libré por fin hace poco, en circunstancias que tal vez tienen que ver con este libro). Me pareció un rasgo de genio, de modernidad, aquello de "Llegué antes, en autobús". El resto del poema, por lo demás, estaba formado por doscientos o

trescientos versos (quiero creer que no eran más, me resultaría difícil soportarlo) patéticos, en los que me compadecía de mí mismo con un tono de salmodia doliente, lleno de enumeraciones, de coordinaciones forzadas, de paréntesis y de metáforas bastante herméticas o vacías (todo sigue igual, todo se propaga en nosotros, los hijos de la vergüenza, nunca desembarcamos de nosotros mismos). Cada una de las partes del poema comenzaba del mismo modo, con el mismo verso (o versículo): “El día (en) que me pegaron los *skinheads*”. Diez o quince veces en total, dosificadas, que marcaban pausas en la narración (se trataba de un poema narrativo, por supuesto, ¿qué si no?) antes de hacer que la historia avanzara con un patetismo cada vez más incontenible (inundación será la de mi llanto). Quería escribir una tragedia griega, inevitable. O tal vez una gran farsa. Yo era el héroe predestinado a un encuentro fatal con el otro, con lo imparabile, con la violencia, con los elementos (los neonazis), o acaso el personaje risible y desatado que encuentra por todas partes señales de su trágico destino. No me faltaban ambición ni descaro ni ganas de hacer más las palabras de otros.

Recuerdo la estructura del poema, su título, el esqueleto tembloroso, algunos rasgos generales (una aceleración lingüística progresiva, por ejemplo, hacia el final, en el momento en que los *skinheads* que habían bajado del coche alcanzaban al protagonista, al narrador, al yo poético, que poco antes “corría como rodillas”, y le golpeaban en la cara una y otra vez, con violencia rutinaria, casi sin saña, golpes blandos, golpes de amigo o de habitante de un país sin gravedad, puñetazos que se hunden en el barro, aunque el barro es maleable y recupera su forma), pero no recuerdo ningún verso más, salvo el último, el que por fin dejaba descansar al hipotético lector de tanta autoconmiseración y le permitía respirar, mirar hacia otra parte, si es que había logrado llegar hasta allí (hasta aquí), si es que existe el lector, si es que podrá perdonarme (se lo pido de rodi-

llas). El último verso decía así: "Yo hubiera preferido morir aquel día".